



Sentidos de lo inaprensible. Ambages discursivos al concepto de infancia¹

Senses of the elusive.
Circumlocutions on the concept of childhood

Juan Camilo Herrera Casilimas ²

Para citar este artículo: Herrera Casilimas, J. C. (2025). Sentidos de lo inaprensible. Ambages discursivos al concepto de infancia. *Infancias Imágenes*, 24(1), 1-11. <https://doi.org/10.14483/16579089.23372>

Recibido: 20 de marzo de 2025

Aprobado: 17 de julio de 2025

Resumen

Desde la urgencia de un relacionamiento sensible y dialógico con niñas y niños y, de modo general, con la experiencia de infancia como espacio común de la humanidad, el artículo presenta un tejido en el que confluyen los discursos de Casanova, Skliar, Reyes y Ende, provenientes de la filosofía, la pedagogía y la literatura, con las reflexiones y sentires del autor, esbozando un concepto abierto y crítico de infancia. Si bien el texto hace parte del marco conceptual del proceso de sistematización de *Ya'ja Dxi'jan*, experiencia artística con/para las semillas de vida (niñas y niños de 0 a 5 años de edad) del resguardo indígena de Tóez (Cauca, Colombia), este no busca presentar las perspectivas locales y de la cultura nasa en torno a la infancia, pues estas se desarrollaron en un estadio posterior de la investigación. No obstante, el artículo funge como dispositivo de enunciación ética, política y estética en torno a la práctica de creación artística con/para niñas y niños en este y otros posibles contextos.

Palabras clave: infancia, experiencia, adultocentrismo, tradición-creación, palabra-acción

Abstract

This article emphasizes the importance of establishing a sensitive and dialogic relationship with childhood, viewing it as a shared aspect of humanity. It integrates the ideas of Casanova, Skliar, Reyes and Ende, drawing from philosophy, pedagogy and literature, along with the author's own reflections and feelings, to outline a critical and open conception of childhood. While this text is part of the conceptual framework for the systematization process of *Ya'ja Dxi'jan*, an artistic initiative aimed at young children (ages 0 to 5) from Tóez Indigenous *resguardo* in Cauca, Colombia, it does not focus on local or Nasa cultural perspectives on childhood, which were explored later in the research. Instead, it serves as a structure for ethical, political and aesthetic considerations in the practice of artistic creation with and for children in various contexts.

Keywords: childhood, experience, adultcentrism, tradition-creation, word-action

1 El artículo se adscribe a Entre la cuerda de la jigra, proceso de investigación-creación realizado entre el 01-06-2023 y el 31-12-2024.

2 Magíster en Infancia y Cultura. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Colectivo Cultural Libre Colibrí, Corporación Tapioca. Correo electrónico: herrera.casilimas@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0002-7758-891X>

En 2023, los integrantes del colectivo cultural Libre Colibrí desarrollamos un laboratorio de creación de experiencias artísticas para la primera infancia en el resguardo indígena de Tóez (Cauca, Colombia), junto con las semillas de vida (niñas y niños entre los 0 y 5 años de edad), sus *kapiya'jsawe'sx*³ y artistas locales, todos ellos pertenecientes al pueblo nasa. Dicho laboratorio derivó en *Ya'ja Dxi'jan*⁴, pieza de carácter relacional⁵ basada en las narrativas de infancia⁶ del territorio.

La manifestación de bienestar, pertinencia y deseos de continuidad por parte de quienes participamos del proceso me motivó a hacer una sistematización, procedimiento que nos permitió profundizar en los sentidos que atravesaron la experiencia, así como cuestionar, reafirmar y fortalecer las prácticas y discursos del colectivo a través del diálogo con la comunidad. Me pregunto si existe otra palabra menos técnica, más apropiada para designar este ejercicio, en esencia exuberante, bello y potente.

Este artículo, sin embargo, presenta un texto que antecede a dicha *sistematización* y denota, de un modo más general, unos principios de aproximación a las niñas y los niños, abiertos y transferibles a la práctica investigativa y de creación artística. Se trata del apartado correspondiente al concepto de infancia para cuya elaboración me basé en las reflexiones filosóficas, pedagógicas y

poéticas de Carlos Skliar, Yolanda Reyes, Michael Ende y Carlos Casanova, que resuenan con la experiencia propia de infancia y de relacionamiento con niñas y niños. Por tal motivo, aunque no son expuestas las perspectivas locales y de la cultura nasa en torno a la infancia (en las que se ahondó en un estadio posterior de la investigación), sí se esboza un dispositivo de enunciación ética, política y estética en torno a la práctica de creación artística con/para niñas y niños en este y otros posibles contextos, sin ninguna pretensión conclusiva.

Adicionalmente, a modo de provocación y apelando a una construcción textual expandida, recorro al registro fotográfico de distintos momentos de la experiencia para imaginar las maneras en que esta postura conceptual se ha materializado.

Lo que al nombrar se rompe

Conceptualizar es esbozar un contorno que, de modo contingente, nos permite darnos cuenta de la manera en que nos relacionamos con aquello que intentamos hacer concepto, de la posición que asumimos frente a ello y los significados que le atribuimos. Este ejercicio, sin embargo, no se queda en la actualidad de esa relación, pues también nos lleva a imaginar, emprender e inaugurar otras posibles relaciones, posiciones y significados. Inicio pues este apartado así, justificando lo que estoy a punto de hacer: intentar conceptualizar la infancia. Solía mirar esta acción con desconfianza, tal vez, debido a su cercanía con el definir: dictaminar lo que es y lo que no es algo para, en consecuencia, dictaminar cómo proceder con ello; una operación opresiva, sin duda. No obstante, entender la conceptualización como una acción movilizante, que no busca imponer un significado como sí plantear preguntas a los modos en que nos aproximamos a algún fenómeno, me genera algo de tranquilidad, en especial cuando aquello que estoy a punto de conceptualizar remite a las niñas y los niños.

Cuando Skliar (2012) plantea la necesidad de pensar al niño hoy, nos advierte ya de la dificultad y la contingencia que implica no solo su sujeción temporal y contextual, sino también la nuestra como personas que compartimos con las niñas y

3 “Kapiya'jsa” significa profesora o profesor en *nasa yuwe*; *kapiya'jsawe'sx* es su plural.

4 “Ya'ja Dxi'jan” traduce jigras andantes en el español de la región. La jigra es la misma mochila, objeto de gran valor práctico, presente en múltiples acciones de la vida cotidiana del pueblo nasa. Igualmente carga una potencia simbólica asociada con la matriz (*duu yaja*), el desarrollo y la fertilidad de la mujer, con la historia y el sistema de pensamiento de la comunidad. Además, la cincha, el cinturón del que se cuelga la mochila, se relaciona con el cordón umbilical.

5 Lo relacional aquí, relativo al arte, obedece al interés por rebatir las lógicas de reproducción del orden social apoyadas por dispositivos de estabilización, parálisis y/o neutralización del poder, así como por la subjetividad del espectador. Si bien el término es acuñado por Bourriaud en los años noventa, en vanguardias y movimientos críticos desde finales del siglo XIX se identifican distintas operaciones intencionadas que buscaban habilitar la emergencia de situaciones de intersubjetividad e intercambio, todo lo cual ponía de relieve la agencia y la emancipación del espectador, al igual que la presencia de un otro y la complejidad que implica la construcción de lo común.

6 Aunque a lo largo del artículo empleo el genérico de infancia, reconozco que, en su condición de experiencia, la infancia es tan singular como plural, lo que deviene en multiplicidad de infancias o experiencias de infancia.

los niños. Igualmente, el autor expone la pérdida irremediable a la que debemos resignarnos si pretendemos conceptualizarles, en este caso, bajo la sombrilla de la infancia:

los niños son sujetos concretos, [mientras que] la infancia bien podría ser un estado, una condición, una duplicación que realizan los adultos sobre los niños. Porque los niños tienen rostros, edades, semblantes, gestos, acciones, días, noches, sueños, pesadillas, piernas, nombres. Cuando intentamos encajar a los niños a la infancia, algo, mucho, se pierde, se evapora. Pero cuando sustraemos a los niños de la infancia, también algo se pierde, algo se esfuma. (Skliar, 2012, p. 70)

Según esta idea, la infancia es y a la vez no es los niños, quienes, como el silencio, se convierten en otra cosa al ser nombrados, sobre todo si tal

nombramiento es hecho desde la celebrada objetividad del adulto. Insisto, definir puede ser un acto violento, terco, intrusivo, como dice Clarice Lispector acerca de la manera de conocer a un niño y que Skliar (2012, p. 71) trae a colación: “un día lo domesticaremos como humano y podremos dibujarlo”. A fuerza de intentar explicar su contenido, al mejor estilo científico-positivista, el niño se diluye en apariencia en la imagen de lo que queremos que sea. Dicho esfuerzo podría ser en realidad el sustento de cualquier cultura: atentar contra la actualidad del niño —reprimirlo en palabras de Torok— para instaurarse y dar paso a un ideal de humano que se distancia de eso que el niño es. Como sea, los niños son expertos en burlar definiciones. “Cuando decimos algo de ese niño, el niño ya no está. Es lo inaprensible y por ello sólo podemos mencionar la estela de su rastro en nosotros” (Skliar, 2012, p. 70).



Figura 1. Excursión con niñas y niños en Tóez

Fuente: archivo personal

Cuerpos tanteando la oscuridad

Para Casanova (2022) la infancia está emparentada con la ceguera. Su razonamiento inicia con la reflexión en torno al oculoctrismo, ovación al sentido de la vista. Esta preferencia ha sido determinante en las maneras occidentales de concebir y actuar en el mundo, desde las cuales se han instaurado tradiciones de pensamiento caracterizadas, entre otros aspectos, por su insistencia en la objetividad y la objetivación, operaciones ligadas a la propiedad de la vista que permiten el distanciamiento: la separación entre quien observa y aquello que es observado. Asimismo, el culto al órgano de la visión y a la luz que sobre este actúa ha traído consigo las metáforas de iluminación, aclaración, ilustración u otras similares utilizadas histórica y, hasta cierto punto, indiferenciadamente en contextos religiosos, filosóficos y científicos. Además de socavar al resto de los sentidos, tenidos como poco fiables, la veneración de la vista ha negado particularmente la oscuridad, la sombra y, en general, todo aquello que impide la visión o que no se deja ver con claridad. De esta manera, el proyecto de la luz ha contribuido al empobrecimiento, la esterilización y la homogeneización del pensamiento humano. Ende (1996) lo describió como un desencantamiento del mundo, un despojo de sus misterios mediante la explicación racional de parte del hombre moderno (p. 257). Para Casanova, en cambio, se trata del modelo ontológico

heredado por nuestra razón que impera sobre las cosas al precio de reducir la proliferación lujosa de las multiplicidades del mundo a la unicidad desértica y solar de nuestras solas leyes; el mundo de las cosas sometido a la juridicidad de nuestro saber que las prevé y así las domina [...]. (2022, p. 42)

A pesar de esa terca búsqueda de iluminación y la necesidad de ubicarnos en ella, Casanova (2022) afirma que no dejamos de habitar la oscuridad, ese espacio del que provenimos y en el que transcurre nuestra vida. Basado en la *Carta sobre los ciegos para el uso de los que ven* de Diderot, nos recuerda que

[...] todos, de algún modo, hemos sido ciegos de nacimiento para una visión adoptiva, a la cual nos hemos tenido que habituar. Y, al igual que el ciego que ha debido habituarse a ver con las manos, nosotros los videntes hemos debido adquirir la visión (nunca del todo una propiedad, sino un uso) mediante la experiencia reiterada en el ejercicio de nuestro órgano. (Casanova, 2022, pp. 52-53)

De esta manera, el vidente es “un antiguo ciego que ha olvidado su condición de aprendiz. Y ha olvidado este olvido. Sobre este segundo olvido ha construido la memoria de su dinastía” (Casanova, 2022, p. 51). La visión, esa pretendida captación de luz, se convierte pues en determinante del poder ostentado por aquellos que se declaran videntes y en cuyo gobierno el cuerpo, lo mismo que el resto de sentidos mediante los que se accede al mundo, parecen subordinados a la vista. Precisamente, es en tal relación que Casanova (2022) encuentra un vínculo con el adultocentrismo. Esto sucede en tanto que el niño o el *infans*, aquella figura extraña que no dispone de habla (otro elemento iluminador de culto), navega en la oscuridad a través de la totalidad de sus sentidos, desafiando la jerarquización de los estímulos en la constitución de la experiencia de la realidad; de allí que represente una amenaza y merezca ser reprimido, controlado, domesticado, interrumpido por el adulto que ostenta certezas y formas definidas. Entonces no hay “[n]i continuidad ni evolución ni progreso ni circularidad ni elipsis: [solo] interrupciones” (Skliar, 2012, p. 73).

Una de las interrupciones mencionadas por Skliar (2012) es la del cuerpo que, aunque parte de una animalidad caracterizada por la inmediatez, “sobre todo fricción, contacto, contigüidad, roce, toque, afección” (p. 73), es rodeado desde su concepción por palabras acerca de sí y su acción, de esta forma es interrumpido por los códigos cifrados de una distancia sideral con otros cuerpos. Es una enseñanza de posturas a partir de la impostura de un cuerpo que ya ha dejado de sentir. Y que enseña a ser cuerpo, dejando el cuerpo de lado, en otro lado. (Skliar, 2012, p. 74)

También Casanova (2022) habla del cuerpo, ya no del cuerpo de la infancia sino del cuerpo como signo de la infancia; ya no en términos de interrupción sino de olvido. “Olvido del cuerpo. ¿Olvido también de la infancia?” (p. 57) se pregunta con relación a la primacía del sentido de la vista que se posa sobre el resto del cuerpo. Esto es, según el autor, un oclocentrismo que junto con la teleología aristotélica ha contribuido a la instauración y la perpetuación del adultocentrismo traducido de modo permanente, en lo que María Torok (citada por Casanova, 2022) denomina una represión del sentido del niño ejercida por parte de los adultos especialistas, los adultos conocedores, los adultos responsables, los adultos bienintencionados y correctos, los adultos que aún no son los niños, pero en los que se terminarán convirtiendo.

El principio del deber al que obedece la represión del sentido del “niño” es, según Torok, el de la “regulación por el «ya-ahí»”, principio mismo del “adulto-centrismo” que impera en los dominios de las ideologías religiosas, filosóficas y científicas o políticas. De acuerdo a ese principio, enraizado en “una racionalización milenaria devenida en prejuicio inerradicable”, *el niño es un adulto en ciernes*. Por lo tanto, “su forma interna, su entelequia reclama cumplirse, y esto siguiendo las etapas prescritas de una maduración eufísica y ortopsíquica que culminará en el mismo tipo de seres que nosotros somos”. (Casanova, 2022, p. 58)

La pregunta de Torok en torno a una ineludible represión del niño no es menor, pues su formación como humano se da en gran medida a partir de valores éticos y estéticos prescritos por una cultura que le antecede, lo que implica ya una intención de control, de limitación de la conducta, de las formas. No obstante, si pensamos que incluso la transgresión puede convertirse en valor a inculcar y que, además de formar, somos capaces de escuchar y dejar ser, posiblemente podamos asumir la cuestión de cómo superar el prejuicio del *aún-no*, de cómo abdicar del trono adulto y admitir la completud del niño tanto como la inconclusión en el ser humano.

En la búsqueda de alternativas, aunque reconociendo en la visión y la palabra una fractura o desfase irreversible, Casanova (2022) desemboca en el presente continuo, esa conjugación verbal emparentada con el devenir, con la insuperable transición.

Ver es el acto ejercitante de una vida sensible que designa el hiato entre experiencia y sujeto de conocimiento. Vida y lenguaje. Que el hombre no sea desde siempre hablante, que haya sido y sea toda la vida *in-fante*, es la experiencia en la que se cifra el ejercicio a través del cual el hombre, no siempre vidente, *ha llegado a ver*, pero en el que está implicada una potencia aprendiz —situada entre el hecho de ser ciego y el de ver— que no expulsa nunca de sí la posibilidad contraria por la cual se está siempre todavía *llegando a ver o llegando a hablar*. (Casanova, 2022, pp. 67-68)

Si bien dicha operación sigue teniendo tintes teleológicos concentrados en ese *llegando a un punto* que remite a la pregunta —insistente y amenazante para Skliar (2012)— del “¿qué serás cuando grande?”, desplaza las locaciones del habla y la vista hacia lo imposible, haciéndolas inasibles e indómitas, situándonos indudablemente en una posición más humilde frente a la experiencia y el conocimiento, pero también frente a la infancia, pues plantea una condición común entre niños y adultos. Casanova (2022) invita así a percibirnos como seres siempre en ejercicio y, por tanto, a considerarnos como aún aprendices, aún infantes. Aunque, indiscutiblemente, existen diferencias entre niños y adultos ligadas a aspectos biológicos y culturales, a nuestras condiciones de existencia y al tiempo de vida que hemos dedicado a ser humanos, la conciencia de que todos nos mantenemos en el constante ejercicio de ver, de hablar, de pensar, nos permite a los supuestos adultos identificar aquello que aún vive en nosotros de lo que fuimos cuando éramos niños, que no es poco.

La infancia nos recuerda ese lugar del que provenimos, un lugar potente de humildad, fragilidad y finitud, pero también de valentía, frente a un mundo inconmensurable y desconocido, un

universo majestuosamente oscuro que se ofrece a *ser sentido por* y a *hacer sentido en* el cuerpo que a él se exponga. Skliar (2012) se refiere a ello en términos de afección receptiva: “cuando los oídos están abiertos, cuando la mirada está abierta, cuando la piel está abierta, cuando el mundo llega incontinente a un cuerpo que lo recibe sin escrúpulos, sin trampas, sin jurisprudencia” (p. 72). Apertura sensorial especialmente presente en la experiencia del mundo de niñas y niños, en la manera en que lo perciben y actúan en él.

La infancia —como advierte Agamben— expresa la imposibilidad de unir ciencia y experiencia en un sujeto único. Ella implica, por tanto, el reconocimiento de que la ausencia de camino (en el sentido de un método o proceso teleológico), es decir, la ejercitación es la única experiencia posible para el hombre [...] La experiencia no es la esfera de la ignorancia que debe ser excluida (e incluida a la vez) mediante la educación formadora, el paso de lo

estético a la estética, sino un lugar de una ignorancia activa: única habitación posible para los hombres [...] En tal sentido, la represión del sentido del “Niño” significa olvidar la infancia como herida que se para experiencia y ciencia, como fractura que libera a la primera y hace de ella el único lugar posible de una ejercitación en la que el ser del hombre se experimenta integralmente como “ser-de-potencia”. (Casanova, 2022, p. 68)

Infancia es entonces memoria viva en tanto que encarna y nos recuerda mediante su acción ese “ser-de-potencia” que, según Agamben, somos los humanos. No obstante, advierte Casanova (2022), “[e]l «Niño», lejos de ser un adulto en potencia, lejos de estar regulado en su formación por el «ya-hí» del ser-formado, nombra la ausencia de forma, el vértigo de una vida plástica capaz de una infinita apropiabilidad de las formas” (pp. 71-72). Se gesta allí una oposición entre el deseo o la necesidad de captura, de fijación o, por lo menos,



Figura 2. Exploraciones desde el juego en el laboratorio de creación

Fuente: archivo personal

de continuidad o permanencia de un pasado humano aún no consumado, y la discontinuidad, la interrupción o la actualización consecuente de la acción de los recién venidos al mundo. Dicha idea es reiterada por el autor al reflexionar en torno a los planteamientos de Arendt que, aunque centrados en la natalidad, pueden transponerse parcialmente a la infancia:

el nacimiento de cada hombre envuelve la capacidad de un nuevo comienzo que necesariamente está contenido en cada final de la historia; este nuevo inicio es la promesa que interrumpe, como un “milagro”, la fatalidad del fin, sustrayendo la vida a la fuerza aniquiladora de la necesidad histórica. (Casanova, 2022, p. 128)

En la misma dirección, Skliar (2012) propone que “lo que es excepción, causa sorpresa, admiración, parece fuera del mundo. Los niños son esa excepción. [...] Un nacimiento comporta la duración de lo nuevo. Lo que no sabemos” (p. 80).

Tiempo de infancia

La infancia se muestra pues como espacio de confluencia y tensión entre el presente, el futuro y el pasado. Presente: experiencia siendo del ser niño actual, del adulto que aún accede a ella o de confrontación con la novedad. Futuro: virtualidad o experiencia posible, siempre mezcla entre lo determinante de la cultura que recibe al niño (ilusiones, miedos, esperanzas, incertidumbres, alegrías, tristezas, tradiciones, valores, emociones, ideas, etc.) y su propia creación: singular, inédita e insospechada. Pasado: experiencia recordada u olvidada por el ser adulto, decisiva en la conformación de aquello que está siendo y la manera en que se relaciona con los niños actuales. Dice Skliar (2012) desde su posición adulta: “[r]estos, residuos, retazos, jirones, que todavía podemos descubrir en algunos niños o en algunos adolescentes o en algunos adultos [...] La infancia es la memoria de la infancia” (p. 69).

Entonces la infancia, al menos la de los niños y las niñas actuales, es continuidad e irrupción de



Figura 3. Exploraciones desde el juego en el laboratorio de creación

Fuente: archivo personal

la vida humana, portadora de tradición —ningún humano nace de un vacío cultural— y de novedad. Estas cualidades sitúan a niñas y niños como agentes, como sujetos políticos de acción. Probablemente por esta razón Casanova (2022) cuestiona a Arendt, quien, según él, sostenía que la realización de la agencia podía darse solo a partir de su unión consumada con la palabra, esa materia tan particular propia del humano (adulto) que lo separa de la animalidad [y la corporalidad] del niño (la niña), de la indeterminación de la “fuerza vital” (Plotino) [...] Abandona la dimensión de la vida, “abismo de la simiente” como la llama Kerényi, que no se deja decir y que inquieta el lenguaje, inquieto por lo inquietante de la indeterminación que el infante opera en nosotros los hombres, que arruina el discurso (que lo arruina, es decir, que lo convierte en vestigio de una anterioridad prelingüística). El niño no sólo es lo nuevo que entra en el mundo dado; es lo anterior que arriba y de lo que el mundo atmosférico no es sino huella y vestigio. (Casanova, 2022, p. 140)

A partir de esto, Casanova (2022) añade otra connotación de pasado, no ya ese “periodo anterior” de una subjetividad humana (antes niña y ahora adulta) sino el de la humanidad misma. Es el tiempo donde acontece la experiencia de la infancia, tiempo de animalidad, cuerpo y sentidos inmersos en la oscuridad, aún no iluminados por la visión o la lengua. El tiempo de los niños, manifiesta Skliar (2012),

nos debería hacer notar esa animalidad que desperdiciamos, perdemos, subestimamos siempre y a la que debemos, por lo menos, infinito respeto. Porque la animalidad no es bestialidad ni monstruosidad ni inhumanidad. La animalidad pone a la humanidad en su lugar, aunque siempre parezca lo contrario. (p. 72)

Igualmente, Skliar (2012) se refiere al tiempo de la infancia acudiendo al presente continuo, presente móvil, que avanza, que muta; una estrategia que prioriza desde la lengua no ya lo que el niño “podría llegar a ser, sino lo que el niño está siendo [...] infinitivo sub-divisible una y otra vez, en

acontecimiento” (p. 71). La locación de la infancia es el presente, un presente intensificado por la novedad con que se nos presenta el mundo cuando somos niños, tiempo de exposición a la realidad, de descubrimiento y asombro frente a ella, de novedad permanente. Cualquier esfuerzo del niño apunta a la experiencia del presente, no se escatima, no hay más lógica posible.

La intensidad de esa vida, en todas y cada una de sus condiciones divergentes, no entra en un relato fundado en el utilitarismo de las acciones efectivamente realizadas [...] No hay antes, durante y después en aquello que hacen los niños. Esa es una narrativa que buscamos desesperadamente los adultos para detener lo irrefrenable. (Skliar, 2012, pp. 71-72)

Estos aspectos temporales (presente, futuro y pasado) alrededor de la infancia me llevan a imaginarla como una pregunta encarnada acerca de la humanidad, de lo que hemos sido, lo que somos, lo que queremos o podemos llegar a ser. La infancia es una pregunta con cuerpo, con columna, cabeza, extremidades y órganos internos, una pregunta que respira, palpita, come, digiere y caga, una pregunta con vida, pero además con voluntad e ideas tan propias como comunes, una pregunta vital, pues en ella está la posibilidad de renovación, de transformación, de cambio y, al mismo tiempo, de continuidad, prolongación, conservación.

Skliar (2012) sostiene que “[l]a relación con los niños es una relación de alteridad. De extrañeza. De misterio. De temblor. De perplejidad. De perturbación. Depende de lo que hagamos con ello, la relación tendrá matices diversos. O ser completamente indiferente y brutal” (p. 80). De lo anterior determino que, como acto de respeto hacia la infancia, pero también hacia la humanidad, me es indispensable dejar un margen amplio y generoso para eso que el otro, en este caso niñas y niños, puedan y deseen decir de sí mismos, a través no solo de palabras sino de acciones y modos de habitar el mundo. Entonces, lo más sensato que podemos hacer desde nuestro lugar como adultos

no es intentar acaparar la infancia en una definición, sino atender, simplemente atender a aquello que niñas y niños del presente nos dicen sobre lo que están siendo, sin determinismos; o referirnos humildemente a aquello que experimentamos cuando niños y a esa infancia que aún puede habitarlos, a través de un recurso como la poesía, capaz de reconocer el espacio de lo indecible que es el otro.

Por un espacio común

A veces decir que no soy niño me duele, es como si innecesariamente y de manera forzada estuviera renunciando a algo que me es muypreciado; como si cayera en la trampa de esa dualidad que intentan imponernos entre el mundo adulto y el mundo de la infancia. ¿Por qué un adulto no puede continuar siendo niño?, ¿por qué nos excluyen o nos excluimos del ser niño?, ¿por qué prescindimos de las posibilidades de encuentro, de contaminación? Hay en todo esto un asunto de control, de poder sobre la vida humana, pues no se trata solamente de controlar a esas infancias actuales, aquellos niños y niñas del presente, sino también de regular eso que de infantes tenemos nosotros,

los adultos. ¿Qué tan sólida e impenetrable es la frontera entre el adulto y el niño, entre la adultez y la infancia? Para [Ende \(1996\)](#), por ejemplo, no había tal:

[e]l niño que fui una vez sigue hoy viviendo en mí, no hay un abismo —el del paso a la edad adulta— que me separe de él, en el fondo me siento como el mismo que era entonces. [...] seguramente nunca he llegado a ser de verdad una persona adulta. Durante toda mi vida he procurado no convertirme en lo que hoy día llamamos adulto de verdad, o sea, ese ser mutilado, desencantado, banal, ilustrado, que existe en un mundo desencantado, banal, ilustrado, el mundo de los llamados hechos. Y me acojo aquí a las palabras de un gran poeta francés [(Constantin Brancusi)]: cuando hemos dejado definitivamente de ser niños, ya hemos muerto. (pp. 238-239)

A pesar de no serlo, puedo conectar con las niñas y los niños a partir de mi experiencia de infancia que no muere, que aún es, que aún me mueve. A uno la infancia no se la quita nadie, sin importar el tipo de experiencias que la



Figura 4. Adela, María y Anyelín evocando a la tulpa

Fuente: archivo personal

constituyan —no se trata acá de idealizarla—, la infancia permanece, perdura incluso si, como nos decía [Casanova \(2022\)](#), es olvidada; si, a modo de camino poco recorrido, parece desaparecer cubierto por la hierba. Al respecto, [Yolanda Reyes \(2016\)](#) se pregunta:

¿[s]erá el recuerdo de ese malestar [en el mundo] el que ha dejado a la infancia sepultada, encerrada, sin válvulas para comunicarse con eso llamado *vida adulta*, como si aprisionarla entre los muros de un lugar común —el supuesto “paraíso de la infancia”— o subvalorarla pudieran ser mecanismos de protección para no mirar cómo éramos entonces, cuando teníamos tiempo de saber y de jugar y de temer, cuando no estábamos tan ocupados en nuestra *vida adulta*? (p. 101)

Respondería a Yolanda que, tal vez, se trate de un acto de evasión ante la conciencia cruda de eso que hemos hecho de nosotros, de la crueldad implícita en el hacerse adulto, cuando, entre otros, la

obstinación, el miedo y la resignación instalan una creencia de inmutabilidad, separación o pérdida que clausura los resquicios de acceso a la infancia.

Paradójicamente, apelar a la indeterminación del límite que conduciría a un espacio compartido no significa una suplantación ni niega las diferencias entre niños y adultos, históricamente utilizadas como pretexto para la opresión de la infancia. De allí que sea indiscutible la necesidad de discursos y leyes que reconozcan a niñas y niños como sujetos de derechos y protección especial pero, sobre todo, de prácticas concretas que habiliten un relacionamiento con la infancia capaz de superar tanto su objetivación como su estereotipación romantizada (positiva o negativamente), desde el cual se reconozca su lugar en el espacio común de la construcción de la realidad; un relacionamiento que contribuya al goce pleno, auténtico y duradero de su existencia; a que, como dice [Skliar \(2012\)](#), “la infancia sea infancia todo el tiempo posible, con toda la ambigüedad que esta frase encarna” (p. 77).



Figura 5. *Jugando en medio del laboratorio de creación*

Fuente: archivo personal

Referencias

- Casanova, C. (2022). *Infancia y ceguera. Tentativas sobre la ejercitación o acerca de las artes del saber*. La Cebra.
- Ende, M. (1996). *Carpeta de apuntes*. Santillana.
- Reyes, Y. (2016). *La poética de la infancia*. Luna libros.
- Skliar, C. (2012). La infancia, la niñez, las interrupciones. *Childhood & Philosophy*, 8(15), 67-81.

